

# CAMPAÑA EN BATERÍAS

Capitán de Corbeta (R) Jorge Dotto



La Escuela Naval Militar es una escuela de carácter. Además de la formación académica, los cadetes deben aprender premisas básicas e imprescindibles para poder desempeñarse exitosamente en un entorno militar:

- El superior tiene la razón y más cuando no la tiene.
- Las órdenes son para cumplirlas.
- El honor por sobre todas las cosas.

Hay muchas más, pero estas son algunas de las que cimientan la institución.

Como en todas las escuelas, hay buenos y malos alumnos, y esto se evidencia con los años y con el accionar de cada uno. Cuando recién ingresamos, somos una masa informe que corremos todos para el mismo lado sin distinción de algo más que las jerarquías. En este momento es cuando, a lo largo del año, desarrollamos todo tipo de actividades que nos van a permitir definir hacia dónde queremos orientar nuestra carrera.

La primera decisión que debe tomarse es elegir entre la Infantería de Marina o la vida a bordo de los buques. Con el propósito de ayudarnos a tomar la decisión, durante todo el primer año los cadetes nos embarcamos en distintas unidades de la Flota de Mar y hacemos campaña en el terreno, como los infantes de marina. Al principio, me tocó ir de campaña a Baterías, una base de Infantería de Marina (IM) ubicada a 14 km de la Base Naval Puerto Belgrano (BNPB). Era mayo de 1975.

Para los barqueros como yo, la campaña fue una picadora de carne. Me sirvió para estar absolutamente seguro de que no quería ser infante de marina. Duró algo así como quince días. Como broche final, se hizo un enorme ejercicio nocturno en el que mientras cien tipos defendían una posición en el terreno, otros cien tenían que atacarlos y destruir una antena que, en teoría, era de una radio que transmitía información táctica a los aviones. La antena estaba representada por una escoba sobre el techo de una pequeña construcción. Me tocó formar parte de los atacantes.

Alguien tuvo la idea de efectuar un ataque tipo comando a esa antena antes de desplegar el grueso de la fuerza. Para eso eligieron a diez cadetes de distintos años quienes, aprovechando la oscuridad de la noche, atacarían y volarían la antena mediante una carga explosiva. Entre los diez designados estaba... ¡Dotto!

Me hicieron responsable de llevar el explosivo. Este era solo una granada de humo, que sería colocada en la antena para simular su destrucción. La guardé en el bolsillo y, alrededor de las 22 h, salimos los diez «cadetorios» rumbo al objetivo.

Vestíamos una gruesa parca para paliar el frío del invierno, ropa camuflada, una mochila, borceguíes, casco de acero y portábamos nuestro fusil FAL con balas de fogueo. Despedíamos

El autor ingresó a la Armada en enero de 1975 como integrante de la promoción 108 de la Escuela Naval Militar. En diciembre de 1979, egresó como Guardiamarina y fue destinado al portaaviones ARA 25 de Mayo.

En 1982, fue destacado a Malvinas a bordo del pesquero *Margot* como integrante de una dotación militar compuesta por diez hombres en cumplimiento de una misión conocida como "Operación Relámpago".

Durante sus veintidós años de servicio, cumplió diversas funciones en diferentes destinos de la Armada; los más importantes el barreminas ARA *Tierra del Fuego*, la corbeta ARA *Granville* y el destructor ARA *Heroína*, unidades de la Flota de Mar donde se desempeñó como Jefe de Máquinas.

En septiembre de 1997, pasó a situación de retiro por decisión propia, con la jerarquía de Capitán de Corbeta. Desde entonces, trabajó en el ámbito civil en tareas relacionadas con sistemas informáticos.

En agosto de 2010, se reincorporó a la Armada como personal civil y, hasta el día de hoy, cumple funciones en la Dirección de Ciberdefensa, Criptografía y Seguridad Informática de la institución.

un fuerte olor a búfalo luego de quince días de campaña y habiéndonos bañado una sola vez. La ropa caminaba sola.

Nos trasladábamos amparándonos entre los arbustos y los árboles para no ser vistos por el «enemigo». Nos arrastrábamos cuerpo a tierra por el campo cuando el cadete que iba a cargo decidió que nos separáramos en grupos de a dos y nos abriéramos para evitar ser detectados. Al cruzar un alambrado, quedé enganchado con las púas y no podía zafar por más vueltas que le daba. Mi compañero ya había cruzado y siguió avanzando sin notar que yo no iba tras de él. Cuando se dio cuenta, volvió a buscarme y me ayudó a zafar para que pudiera continuar avanzando.

A medida que nos acercábamos al objetivo, escuchamos disparos de fogeo, que nos indicaban que nuestros compañeros habían sido detectados y estaban combatiendo contra fuerzas muy superiores, por lo que dimos por sentado que habían caído prisioneros.

Sin embargo, mi compañero y yo seguimos avanzando. Mi compañero era el cadete de tercer año que iba a cargo de todo el grupo comando. Nos arrastramos por los médanos sin ser detectados. Casi sin darnos cuenta, nos encontramos frente al objetivo. Un palo de escoba atado con alambre se asomaba con aire victorioso, sin sospechar siquiera que su fin estaba próximo.

—Deme la granada, bípedo (bípedo se le llama a los cadetes de primer año), dijo en voz baja.

Metí la mano en el bolsillo de la parca, y un escalofrío me recorrió la espalda. Pensé que me había equivocado de bolsillo y comencé a revisar todos los demás.

La granada no estaba. Tragué saliva y tuve que decirlo.

—No la tengo, cadete.

—¿Cómo que no la tiene? ¿Qué hizo con la granada?

—No sé. Se me debe de haber caído cuando me enganché en el alambrado.

Pese a lo que muchos creen, el trato entre marinos de cualquier jerarquía es siempre muy correcto y respetuoso. O al menos debería serlo. El cadete de tercer año, de nombre Mario Cacault, era y sigue siendo una persona muy educada, un verdadero caballero y respetuoso de las normas, lo que evitó que dijera lo que pensaba. Me miraba con cara de «lo voy a matar». Paradójicamente, lo que me salvó la vida fue que nos descubrió el enemigo y fuimos tomados prisioneros.

Al día siguiente, encontramos la bendita granada de humo en el alambrado.

Bañarse cada 15 días, afeitarse a la mañana con agua fría usando el casco como recipiente para el agua, arrastrarse por el campo entre abrojos y bosta de vaca, o eliminar toxinas en un pozo en la tierra es muy lindo para los infantes, pero no es lo mío.

Prefiero toda la vida mojarme con agua de mar en el alerón de un buque de guerra, mirar en silencio cómo el buque mete la proa bajo el agua y vibra como si fuera a partirse en mil pedazos mientras vientos de 50 nudos hacen que los mocos me lleguen hasta la nuca, agarrarme del borde de la mesa para evitar caerme cuando un rolido tira al piso todo lo que no se encuentre a son de mar o hacer guardia en el puente a las 2 de la mañana acompañado solo por la luz de las estrellas y la inmensidad del mar.

Sí señor, como dicen los *yankees*, la Marina no es un trabajo, es una aventura. ■

Metí la mano en el bolsillo  
de la parca, y un escalofrío  
me recorrió la espalda.  
La granada no estaba.  
Tragué saliva  
y tuve que decirlo.